

Capítulo XV

L U R Í N

De la caleta Curayaco, donde desembarcamos, nos fuimos a Lurín, fértil valle donde se había dispuesto que acampara el ejército. A mi regimiento le correspondió armar el suyo, a pocas cuerdas de las ruinas de un templo incásico denominado Pachacamac.

Se renovó la vida de campamento; y ella fue más animada aún que la de Pachía, por estar entonces concentrado todo el ejército, pero no más divertida. El entretenimiento eran solo los cuentos que relataban algunos soldados y de vez en cuando títeres.

Los jefes y oficiales tenían aspecto más serio, y hasta las clases y soldados no se manifestaban con la ruidosa alegría de antes.

Como siempre, se hacían ejercicios diarios, pero no tan largos como antes, ni tan vigilados por los jefes. Casi siempre las compañías salían solo con oficiales. Los jefes y capitanes se preocupaban más de pasar revista de ropa, calzado y especialmente de armas y municiones.

A los pocos días de estar en Lurín, llegaron al campamento los oficiales que habían sido tomados prisioneros en Pachía. Fueron muy festejados.

Llevados desde Tacna hasta Tarma y Lima, recorrieron por el interior del Perú centenares de leguas; y habían sido canjeados por prisioneros pe-

ruanos, poco antes; efectuándose el canje a bordo de un buque inglés.

El subteniente Hurtado se incorporó a mi compañía y los demás a las suyas.

Un día tuve una agradable sorpresa. Un soldado me obsequió un caballo peruano que dijo haber encontrado suelto; y mi asistente se dio trazas para conseguirme una silla de montar, fea y vieja, pero que aún podía prestar servicios.

Al día siguiente tuve otra sorpresa, más agradable aún, si cabe, que la anterior. Mi asistente me presentó, a modo de once, que en el campamento no se acostumbraba, huevos fritos en un plato de caramañola, y en los días siguientes más huevos y presas de gallina. Yo estaba alarmado y al interrogarlo no conseguí sacarle palabra: sonreía socarronamente, y por toda respuesta me decía: "pa qué quiere saberlo mi suteniente".

Muchos soldados se retiraban del campamento, en las horas francas a merodear por los alrededores, y algunos más de lo prudente; y en las granjas abandonadas solían encontrar provisiones que sus moradores habían dejado ocultas. Mi asistente con otro soldado habían tenido la suerte, que ordinariamente sólo acompaña a los audaces, de encontrar un gallinero semi subterráneo, muy bien disimulado con ramas, según me dijeron después.

El 25 de diciembre le correspondió a mi regimiento el servicio de gran guardia. Avanzó como dos kilómetros hasta un punto denominado Manzano; y a mi compañía se la destacó más adelante de avanzada.

Al caer la tarde me ordenaron alistar veinte soldados, dos cabos y un sargento; y acompañados por el capitán-ayudante de semana, avanzamos cinco o seis cuadras más, y durante el camino me dieron instrucciones sobre lo que debía hacer. Me informaron que una caballería enemiga debía pasar por ahí,

y que a fin de sorprenderla iban a colocar la tropa que estaba a mis órdenes, de manera de poder cumplir la misión que se me confiaba. Cuando la caballería enemiga se presentase debía dejarla pasar, para que el regimiento se encargara de batirla; y cuando retrocediera huyendo yo debía atacarla, cortarle la retirada y tomar prisioneros.

Al llegar a cierto paraje que supongo ya habían reconocido, repitió a la tropa las instrucciones que me había dado, agregando que todos íbamos a quedar como centinelas apostados al frente del enemigo.

La ubicación del puesto avanzado que se me confiaba estaba en cierta parte donde el camino se estrechaba entre dos montículos, que quedaban a ambos lados formando un portezuelo.

Diez soldados, un cabo y el sargento fueron colocados a un lado del camino, y el resto y yo al otro lado. Dando cara a la parte por donde debía venir el enemigo la colocación del ala izquierda era: el sargento a la izquierda y hacia su derecha los diez soldados y el cabo, guardando una distancia entre unos y otros como de cuatro metros; y la del ala derecha, el cabo a la izquierda, los diez soldados a continuación y yo después. Al sargento se le proveyó de un montón de piedrecitas que debía tirar cada cuarto de hora al soldado del lado y éste al siguiente hasta que llegara a mí. Se inventó ese ingenioso medio para reemplazar el grito o canto "centinela alerta", o el golpe en la cartuchera que entonces se acostumbraba para avisar que los centinelas vigilaban.

Cuando el ayudante nos dejó acurrucados a ambos lados del camino cerró la noche.

Las dos o tres primeras horas pasaron sin novedad ni grandes molestias.

Las piedrecitas llegaban a mi costado sin interrupción en la forma ordenada, lo que me demostraba que todos estaban despiertos y alertas.

Hacia la media noche los ojos se me cerraban

de sueño. Me los restregaba, los mojaba con saliva, pero todo era inútil, el sueño me dominaba. Procuraba pensar en cosas espantables, y me forjaba situaciones horribles por haberme quedado dormido pero no conseguí despabilarme. Las piedrecitas continuaban llegándome, y pensaba que los soldados cumplían mejor que yo su obligación, y me afeaba mi poca voluntad para dominarme, pero el martirio continuaba.

Verdaderamente afligido creyendo que me iba a dormir y que seguramente los soldados también se dormirían, pensaba que seríamos sorprendidos, y que a mí se me seguiría un consejo de guerra y que sería fusilado; y rezaba a la Virgen para que me ahuyentara el sueño, pero éste persistía...

Recordaba que cuando niño me causaba indignación que los apóstoles se hubieran dormido cuando acompañaban en el huerto a Nuestro Señor, y entonces los compadecía y les pedía que a mí me lo espantaran... y nada...

¡Me dormí!

¿A la una?... ¿a las dos?... ¡Quién sabe!

Yo iba formando un montón con las piedrecitas que me llegaban, y cuando desperté conté nueve fuera del montoncito.

¡Había dormido más de dos horas!...

Hubiera querido brincar, correr o andar, pues estaba como agarrotado...

Me contenté con incorporarme un poco y hacer ejercicios gimnásticos con los brazos y cabeza; y poniéndome de espaldas con las piernas.

¡Cómo se hubieran reído mis compañeros si me hubieran visto en tan grotesca postura!

Llegó el alba y el enemigo no se presentó...

A poco se me dio orden de incorporarme a la compañía, y cuando lo efectué, ésta se unió al regimiento.

Dieron café y nos retiramos al campamento de la brigada.

Al día siguiente le correspondió al Curicó hacer el servicio que había hecho el Lautaro el día antes, y al amanecer del 27 sorprendió y batió al regimiento de caballería peruana que se esperaba. El combate fue corto, pero reñido, pues al principio opuso el enemigo enérgica resistencia, creyendo sin duda que se encontraba con una pequeña avanzada; pero cuando se percataron que el que los había sorprendido era un fuerte destacamento y que fue reforzado inmediatamente por un regimiento, se desbandó.

Mi regimiento alcanzó a llegar cuando el Curicó se batía, y momentos después el enemigo emprendió la fuga.

El segundo jefe del Curicó, comandante Olano, murió en este combate. El enemigo dejó quince a veinte muertos; y casi todos los demás fueron hechos prisioneros.

En los primeros días de enero, mi regimiento, solo o acompañado de otros cuerpos, no lo recuerdo, hizo varios reconocimientos en diversas direcciones.

Uno muy importante se efectuó el día ocho por Ate, camino o lugarejo que conduce a Lima, por la parte opuesta al frente en que se decía atacaríamos.

No recuerdo por qué circunstancias yo no fui, ni sé si me quedé solo, o si mi compañía no tomó parte en la expedición.

Sólo recuerdo que al caer la tarde el regimiento llegó cansadísimo y que contaba que se combatió varias horas, obligando a retirarse al enemigo, y que el coronel Barboza, que había dirigido el reconocimiento y combate, estaba muy contento.

Al enemigo le hizo muchas bajas, especialmente con sable, un piquete de granaderos mandado por el alferez don Nicanor Vivanco, que cargó con toda valentía.

Por nuestra parte sólo tuvimos doce heridos, uno de los cuales murió.

Por fin, el 11 de enero, se leyó una proclama del general Baquedano, que fue oída con emocionante silencio; y la orden del día, que disponía para el día siguiente la marcha para destruir el ejército peruano que nos cerraba el camino para entrar a Lima.

Cuando llegó la hora de partir, en las últimas horas de la tarde, mi asistente me presentó mi caballo enjaezado con la vieja silla peruana que me había conseguido, teniendo a modo de petacas su morral y el mío, que divisé muy llenos, y lo llevó de las bridas mientras desfilábamos por el campamento, pasando por delante de muchos jefes y oficiales de Estado Mayor, que complacidos miraban la marcialidad de mi regimiento.

Al caer la tarde pasamos el río por un puente angosto, no por el ancho de hierro para transitar carretas que había algunas cuadras distante, y se dio orden de continuar la marcha a paso de camino...

¡Ibamos por fin al encuentro del enemigo...!

Capítulo XVI

BATALLA DE CHORRILLOS

Momentos después de pasar el puente Lurín, mi asistente me presentó el caballo y abriendo uno de los morrales me dejó ver una parte de su contenido: ¡una gallina fiambre!...

La satisfacción que revelaba su cara al manifestarle la sorpresa y placer que sentía, me demostró que su afecto por mí era mayor que el que yo imaginaba.

Subí al caballo cuando el sol se ocultaba en el horizonte...

El campamento que habíamos dejado apenas se divisaba...

Entre nueve y diez de la noche nos dieron un descanso.

Mi asistente me insinuó invitar a algunos oficiales, pues por llevar dos gallinas podíamos comer una y dejar la otra de reserva para después de la batalla.

Los oficiales de la compañía disfrutamos una succulenta y substanciosa cena: gallina fiambre, huevos duros, tortillas de rescoldo y leche condensada de postre. Sólo faltó un poco de vino y café.

Reanudada la marcha volví a continuarla a caballo. A poco me vinieron tan grandes deseos de dormir que varias veces casi me caí del caballo. Mi asistente, que marchaba al lado, me repetía con

frecuencia. "Cuidado mi subteniente, no se duerma que puede caerse", y poco después: "mejor bájese para que se le espante el sueño". Por favor, le respondí, déjame cabecear un poco, me muero de sueño. "Déme las riendas, entonces", me replicó riendo. Y las tomó y llamó sin que yo lo notara a dos soldados para que me apuntalaran cuando me inclinaba mucho a uno u otro lado.

Así dormí una o dos horas.

En un cabeceo más pronunciado desperté, y no quise seguir más en tal guisa. Descabalgué y entregando a mi asistente el caballo, me junté con otro oficial para seguir a pie.

Durante la marcha los soldados conversaban en voz baja...

De vez en cuando se daban cortos descansos y se ordenaban las filas.

Hubo uno bastante más largo que los otros y casi todos abrieron sus morrales y comieron algo.

Algunos se tendieron para dormir. Como yo había dormido sobre el caballo estaba despabilado y no los imité.

Fui en cambio a visitar a otros oficiales y a mi hermano, abrazándonos enternecidos al despedirnos...

Se reanudó la marcha, que continué a pie; y por orden de los jefes los oficiales recomendábamos insistentemente mantener las filas en orden...

El camino por donde íbamos era estéril, pero no arenoso como el que recorrimos cuando marchamos sobre Tacna.

La obscuridad no nos permitía ver los alrededores.

Se conocía que pronto comenzaría la aurora...

La marcha continuó silenciosa por una hora más, aproximadamente...

Clareaba el día y observé a mi regimiento. Se-
mejaba una enorme serpiente deslizándose lentamente. No ví otros cuerpos ni me di cuenta de cómo

iría a desarrollarse la batalla que todos suponíamos comenzaría al amanecer.

El comandante Robles, que durante la marcha iba a la cabeza del regimiento retrocedió con un ayudante, ordenando sacar los tapones a los rifles y mantener las filas en ordenada formación...

Los estampidos de cañonazos de artillería comenzaron por nuestra izquierda y lejanos.

Se dio la voz de alto y columnas cerradas por compañías...

Se presentó ante el regimiento el coronel Barboza, caballero en un brioso caballo, seguido de algunos ayudantes...

Conferenció breves minutos con el comandante Robles y señalando con su espada unos cerros distantes como un kilómetro de donde estábamos, le dijo que debían ser tomados por el Lautaro y agregó con sonora voz dirigiéndose al regimiento: "Espero que el Lautaro se portará valiente como siempre"; y se alejó a trote largo, seguido de sus ayudantes.

Ahí se dejaron los rollos a cargo de la banda.

Se reunieron con el comandante Robles los jefes y los capitanes.

El primer batallón, al mando del comandante Carvalho Orrego, desfiló de frente cargándose a la derecha, y momentos después se desplegó en guerrillas...

Casi al mismo tiempo el segundo batallón, el mío, al mando del mayor Villarreal, avanzó de frente y a poco se desplegó también.

A mí me correspondió dirigir el ala izquierda de mi compañía.

Habíamos avanzado algunos centenares de metros... ¿trescientos?... ¿quinientos?... no lo sé; cuando se tocó "fuego en avance"...

A partir de ese momento las filas perdieron la uniformidad y avanzamos en aparente desorden...

La obligación de los oficiales en una batalla consiste, como es sabido, en alentar a la tropa a avanzar, a hacer bien las punterías y a procurar la ordenada cohesión en las filas, yo la cumplía lo mejor que podía no cesando de gritar: "¡Fuego, niños!... ¡no hay que aflojar!... ¡Apunten bien!... Agáchense para no presentar mucho blanco"; y otras semejantes.

Del cerro que trepábamos nos hacían fuego vivísimo de artillería y fusilería, y una bandera peruana flameaba en él...

Se veía perfectamente que un valiente oficial peruano, sin esquivar su cuerpo a las bales, blandía su espada alentando a los suyos...

El cerro que atacábamos, no era afortunadamente muy alto ni escarpado, y el avance lo hacíamos con relativa facilidad...

Las guerrillas de las diferentes compañías se confundieron, pero se seguía repechando en relativo orden...

Yo admiraba la serenidad del oficial peruano que alentaba a su tropa; pero comprendiendo que si era derribado ellas se desmoralizarían, recomendaba a los soldados hacerle la puntería especialmente...

Y no cesaba de gritar: "¡Apunten bien, niños!... ¡lueguito llegaremos!... ¡no hay que aflojar!...".

Cuando faltaban como unos cincuenta metros para llegar a la trinchera, el valiente oficial peruano cayó; y comprendiendo que era llegado el momento de hacer el esfuerzo supremo grité: "Armar bayonetas y a la carga, niños!...".

Con vigoroso ímpetu trepamos a la cima y tras pusimos las trincheras...

El enemigo huyó en desorden dejando en el campamento multitud de muertos y heridos, y dos cañones de artillería.

En esos momentos, y estando dando órdenes para continuar el fuego a los fugitivos defensores del cerro, se incorporó un tanto uno de los que ya

cían en el suelo, que estaba casi a mis pies, que yo creía cadáver, y con actitud que me pareció agresiva, me dirigió una mirada de odio o dolor, no lo sé, pero que nunca olvidaré!...

Un culatazo dado por un soldado antes de poderlo yo impedir lo derribó.

Los fugitivos defensores del cerro, bajaban en desorden por el lado contrario a aquel por donde nosotros subimos, dirigiéndose a unos pastosos potreros que se divisaban en el plan.

Nosotros los seguimos haciendo fuego sin cesar.

Al llegar abajo nos fuimos reuniendo...

Como a unos treinta metros del pie del cerro donde nos encontrábamos pasaba una acequia. Casi todos fuimos a beber y volvíamos a comentar las incidencias de la batalla, esperando órdenes y esperando que se reuniera mayor numero.

Un subteniente del cuerpo llegó jadeante, y sentándose en una piedra nos dijo a los que estábamos cerca: "Me muerdo de sed, pero estoy tan cansado que no me atrevo a ir a la acequia"...

Un soldado se ofreció para traerle agua.

En esos precisos momentos una bala lo derribó rompiéndole el cráneo. Era el subteniente don Zenón Navarro Rojas.

Comentábamos el triste suceso, mientras se ordenaban un poco las filas, cuando oigo que muchos dicen: "¡...Miren! ¡Miren! ¡la caballería!".

Efectivamente; desde donde estábamos pudimos ver como a un kilómetro hacia la izquierda de nosotros, que uno de nuestros regimientos de caballería cargaba sobre los fugitivos que huían por los potreros.

¡Era un espectáculo imponente e impresionante!...

Entraron en correcta formación, y de pronto se dispersaron persiguiendo a los fugitivos que

huían aterrorizados... Y divisábamos perfectamente cómo algunos de los derrotados peruanos corrían procurando escapar, cómo otros intentaban ocultarse tendiéndose cerca de los cerros, murallas y hasta dentro de las acequias; y cómo nuestros fornidos centauros a todos alcanzaban o descubrían, y con sólo un golpe de sus sables les destrozaban las cabezas...

Creo que el sitio que ocupaba el Lautaro, era el mejor para ver la soberbia y terrorífica carga...

Fue ella la que dieron nuestros granaderos, y en la que perdieron a su comante Yávar...

Antes de reunirse todo el regimiento se nos ordenó continuar la marcha por los potreros, siempre desplegados en guerrillas en previsión de ataques sorpresivos.

De pronto noté que se formaba un grupo de soldados nuestros. Acudí a ver lo que pasaba, y ví que un soldado peruano de tipo indio, completamente mojado, suplicaba que no lo mataran, alegando que era chileno.

Interrogué a algunos soldados, y me dijeron que lo había descubierto "Lautaro" dentro de una acequia que en esa parte cubría un sauce, donde se había escondido prefiriendo el incómodo baño a encontrarse con nosotros.

Cuando me vio se dirigió presuroso a mí y de rodillas y llorando me decía: "Soy chileno, señor, que no me maten", y agregaba: "Soy chileno de la Quebrada de los Escobares, en Limache y fui sirviente de don (no recuerdo el nombre que me dio) Velasco".

Yo comprendía que era mentira lo que decía, pero para averiguar la verdad dije a los soldados: "Por las señas que éste da, no queda duda que es chileno, y como los chilenos que pelean contra el ejército de su patria son traidores, y a los traidores se les fusila, hay que fusilarlo inmediatamente. Amárrrenlo para darle cuatro tiros".

Me oía lívido; y de súbito se arrodilló, abrazó

mis piernas y llorando me decía: "Si no soy chileno, señor, que no me fusilen; seré su esclavo". Lo hice levantar y que se explicará.

Había conocido en Lima algunos años antes, y trabado amistad con él, a un chileno, el cual le contó que era de Limache, de la Quebrada de los Escobares y sirviente de un señor Velasco; y creyó librar mejor de la crítica situación en que se encontraba, apropiándose la personalidad de ese chileno.

Lo entregué a un soldado para que lo custodiara como prisionero.

Siempre dispersos en guerrillas, avanzamos por los potreros algunos centenares de metros dirigiéndonos hacia el poniente, donde parecía que continuaba la batalla.

Se tocó fagina, que significaba reunión, y comenzamos a replegarnos en un punto que se indicó; tirándonos al pastoso suelo a medida que llegábamos.

Se sostenían animadas conversaciones refiriéndose unos a otros las peripecias de la batalla, y algunos comiendo algo de lo que reservaban en los morrales.

Cuando se consideró que ya se habían reunido la mayor parte, se ordenó formación y lista. Debe haber sido cerca de medio día. A poco llegó un ayudante del Estado Mayor a todo galope que trasmitió órdenes al comandante Robles.

Se ordenó desfilar en dirección al punto donde suponíamos se seguía combatiendo.

Tuvimos que pasar por donde habían combatido otros regimientos.

En cierta parte vimos muchos cadáveres de peruanos y chilenos confundidos. Se conocían que los peruanos habían resistido en este punto, hasta afrontar cuerpo a cuerpo el ataque a la bayoneta de nuestros regimientos.

No podíamos detenernos ni para socorrer a los

heridos que encontrábamos, pues se ordenaba acelerar al marcha lo más posible.

Se decía que íbamos a reforzar nuestra ala izquierda, cuyos regimientos todavía no podían tomar las posesiones que se les había designado.

A lo lejos se divisaba un alto cerro de donde se hacía continuados disparos de artillería cuyos estampidos oíamos, como asimismo los de fusilería, y comprendimos que ahí se continuaba combatiendo.

Esforzamos un poco más la marcha y divisamos una ciudad, y que en sus inmediaciones se hacía fuego nutridísimo.

Es Lima, dijeron algunos, replicando otros, "no, es el mentado Chorrillos, donde los peruanos tienen sus palacios de verano".

Recorrimos doscientos o trescientos metros más; y se ordenó fuego.

Desordenadamente y confundidos con tropas de otros cuerpos comenzamos a disparar.

Cada oficial dirigía grupos de veinte o más soldados, y siempre en avance rápido llegamos a las cercanías de la ciudad. Algunos grupos entraron, pero la mayor parte, por orden de los jefes, sin dejar de hacer fuego, se tiraron al suelo a fin de presentar poco blanco.

Circuló la especie de que no se podría entrar en la ciudad porque estaba minada: "No hay que dejar cholo vivo de los que salgan", decían algunos.

Varios minutos pasamos disparando a los numerosos grupos de soldados enemigos que seguían combatiendo, pero pronto huyeron despavoridos, pues en la ciudad estallaron varios incendios.

A poco el fuego fue disminuyendo.

La batalla había terminado?... ¡no lo sabíamos!...

Capítulo XVII

DESPUES DE CHORRILLOS

Al entrar el sol, el fuego de artillería y fusilería había cesado. Sólo se oían disparos lejanos de artillería y a intervalos cada vez más largos.

El ataque a Chorrillos había desorganizado las filas; varios cornetas tocaron fagina y tropa, los soldados acudían de diferentes partes y los oficiales y clases procurábamos formar las files ordenadamente.

Se ordenó marcha y nos alejamos a establecer el vivac a doce o quince cuadras de Chorrillos.

Comprendí que la batalla estaba terminada y que habíamos vencido; y como estaba tan cansado que ya no podía tenerme en pie, me tiré al suelo sin ánimo de preguntar nada, de darme cuenta de nada, y ni siquiera de comer o beber algo. ¡Me dormí profundamente y todos respetaron mi sueño!...

Algunas horas más tarde, ¿cuántas?... no lo sé ni aproximadamente, mi asistente me despertó y ofreció una presa de gallina, un pedazo de tortilla y café en un jarro de caramañola.

La noche había cerrado completamente.

Se habían armado pabellones, los soldados formaban grupos alrededor de fogatas donde calentaban agua en los jarros y platos de las caramañolas; y sostenían animadas conversaciones, contándose unos a otros las peripecias de la batalla.

Se oían a lo lejos disparos de rifle, pero no continuados, y a largos intervalos algunos cañonazos.

Se decía que se había reanudado la batalla en el pueblo de Chorrillos y que habían llegado ayudantes del Estado Mayor a prevenir que el regimiento estuviera listo.

Pero el tema de casi todas las conversaciones era sobre los muertos y heridos que había tenido el regimiento, entre los que me anunciaron estaba mi hermano. Fui a verlo y me tranquilicé por ser una herida leve en un hombro, sin comprometer el hueso.

El subteniente de mi compañía, don Clodomiro Hurtado, recibió una herida que hizo necesaria la amputación de una pierna.

Además del subteniente Navarro, quedó también muerto en el campo el subteniente don José Manuel Ruedas.

A la mañana siguiente se nos designó otro sitio para vivaquear; a él se condujeron los fondos para confeccionar el rancho; y a poco llegó un hermoso buey que fue sacrificado por los matanceros del regimiento.

Llegó también la banda de músicos conduciendo los rollos.

Los soldados merodeaban por los alrededores, y algunos llegaban con camotes, yucas y otros productos de chacarería.

Se señaló los límites del vivac para los efectos de que todos supieran hasta dónde podían traficar sin permiso; pero se concedieron algunos especiales para ir a visitar los regimientos de las cercanías.

Se estableció la guardia y se apostaron los centinelas en los límites del vivac.

Se ordenó que salieran numerosas comisiones al campo de batalla a recoger armamentos, alcanzando a juntar más de mil rifles y varias ametralladoras, que fueron entregadas al parque. Al incorporarse al regimiento contaban que numerosos chi-

nos se ocupaban en enterrar los miles de cadáveres de chilenos y peruanos que yacían en el campo.

Entre los prisioneros que fui a entregar iba el que había querido hacerse pasar por chileno; y en el trayecto me manifestó deseos de hablar conmigo sin que los soldados se impusieran.

Embromándolo me separé del grupo de prisioneros y custodia para darle ocasión de que me hablara a solas como deseaba.

Me dijo que en agradecimiento de haberle salvado la vida me iba a revelar un secreto que podría hacerme rico. Naturalmente, lo escuché con interés.

Me aseguró que en un cercano pueblecito llamado Sarco o Surco, no recuerdo, el jefe del cuerpo en que él servía, acompañado de cuatro soldados que personalmente había elegido, habían enterrado un cajón con soles de plata y monedas de oro, a la entrada de la iglesia, en un sitio que minuciosamente me designó.

Le creí y me propuse adueñarme de ese tesoro.

Le comuniqué la noticia al teniente señor Mutis, y con él convinimos en ir esa noche a desenterrar el cajón, que imaginábamos nos haría ricos; acompañándonos de nuestros asistentes, a uno de los cuales mandamos durante el día para que se orientara del camino.

Nos procuramos cuatro caballos, que dejamos al cuidado de los asistentes, escondidos fuera del espacio donde calculábamos se pondrían en la noche centinelas, y cuatro revólveres.

En la lista de retreta dimos como presentes a los dos asistentes; y en cuanto se tocó silencio, el teniente Mutis y yo salimos del campamento. Nos fue fácil convencer a la guardia de que salíamos por necesidad imperiosa, para regresar momentos después.

Con grandes precauciones para no ser descubiertos, nos dirigimos al sitio donde habíamos dejado los caballos, y continuamos marcha a Sarco.

Después de haber andado como doce a quince cuadras, el teniente Mutis se arrepintió de haber emprendido la aventura y me instó a retroceder no obstante que su asistente le decía que faltaba poco para llegar. Mi asistente también me instaba a regresar al campamento.

Yo persistí en seguir adelante y no pudiendo convencernos el teniente Mutis regresó solo, y yo seguí la excursión con el mío y el de él, que manifestaba mucho interés en ver el resultado. Mi buen asistente no quiso regresar con el teniente Mutis, como se lo indiqué, por no separarse de mí.

Desde ese momento mi asistente continuó a pie, a modo de explorador, llevando su caballo de tiro.

Nos acercábamos al pueblo de Sarco y el silencio era absoluto.

A la entrada del pueblo descabalgué también yo y el asistente de Mutis, y continuamos internándonos a pie en el abandonado pueblecito, llevando los caballos de la brida.

Serían como las diez de la noche cuando por fin llegamos a la Iglesia.

Traté de localizar el sitio por las señas que el prisionero me había indicado. Efectivamente, se veían señales de haber sido removidas varias piedras del pavimento.

Los asistentes comenzaron la tarea de removerlas mientras yo hacía de vigía...

Después de sacar las piedras y un poco de tierra, apareció un cajón...

Tras fatigoso esfuerzo lo sacaron...

Era muy pesado y convinimos abrirlo, y llevar cada cual lo que pudiera; pero, por supuesto, sin dejar ninguna moneda de oro aunque todas lo fueran. La operación de abrir el cajón sin tener herramientas apropiadas, era difícil, pero los dos asistentes, muy fornidos, ejecutaron la operación en unos cuantos minutos.

Yo no abandonaba mi puesto de vigía...

El silencio no era interrumpido por ningún ruido, ni detonación de arma...

Por fin se abrió el cajón, y con sorpresa y decepción miramos su contenido...

Una carabina con incrustaciones de metal blanco, formando artísticos dibujos, y doce a quince carabinas ordinarias eran todo su contenido... ¡Nada más!...

Tomé yo la carabina de lujo, y cada uno de los asistentes una o dos ordinarias, enterramos las otras para volver por ellas, si era posible, a fin de que no cayeran en manos de los peruanos, y nos volvimos al campamento.

Antes de salir del pueblo sentimos un monótono y triste canto y notamos que en una casa había luz...

Nos acercamos a atisbar por una hendidura...

Divisamos a una mujer canosa, con el pelo suelto, que pasaba de una pieza a otra con una vela encendida en la mano como buscando algo; y cantando monótona y tristemente...

Creíamos que era una loca...

Continuamos nuestra marcha de regreso al campamento, con grandes precauciones para no ser notados por los amigos y evitar posibles encuentros con enemigos; y a él llegamos sin novedad poco después de la media noche.

El teniente Mutis, a quien dio su asistente una de las carabinas, se encargó de avisar a los superiores el hallazgo para que mandaran sacarlas, ocultando naturalmente nuestra nocturna excursión.

Capítulo XVIII

BATALLA DE MIRAFLORES

En la mañana del quince, después del café del desayuno, se nos ordenó trasladarnos a más de dos kilómetros de donde estábamos, en pleno campo, y ahí se organizó el campamento.

Se armaron nuevamente los fogones para el rancho, y mientras se preparaba se ordenó limpieza de armamento y que los oficiales contáramos las municiones que a cada cual le quedaban para completar la dotación reglamentaria.

Hasta la hora de rancho, poco antes de medio día, la tropa se ocupó en efectuar esa faena y los oficiales en vigilarla y repartir municiones.

Todas las conversaciones versaban sobre un armisticio que se decía había convenido nuestro general; y de que se trataba de negociaciones de paz.

Muchos, la mayor parte creo, pensaban que ya no se combatiría más, que entraríamos a Lima sólo para firmar la paz, y que pronto regresaríamos a la amada patria.

Después del rancho, mientras algunos oficiales y soldados se echaban a dormir, otros se dispersaron para visitar a sus amigos de otros cuerpos o para procurarse camotes u otros vegetales comestibles. Yo opté por dormir.

Como a las dos de la tarde, con gran sorpresa de todos, se sintió un nutrido fuego de fusilería e instantes después comenzaron a llegar soldados a la

carrera, gritando: "¡Traición!... !Los cholos están atacando!"...

Los disparos se sentían por nuestra izquierda y a gran distancia...

Reinó una gran confusión. Algunos soldados de otros cuerpos que tranquilamente conversaban con los de mi regimiento, para no encontrarse desarmados tomaban las armas de nuestros pabellones y formaban con nosotros, mientras otros corrían a juntarse con sus regimientos. Al mismo tiempo iban llegando a la carrera los soldados del nuestro que se habían retirado del campamento y armábanse presurosos con cualquier rifle si no encontraban pronto los suyos, dejando en el suelo los de los que todavía no llegaban.

Afortunadamente, la serenidad de los jefes ordenando tranquilidad, que fueron secundados por los oficiales, impusieron relativo orden en poco tiempo y se formó el regimiento faltando sólo algunos que fueron incorporándose a sus compañías poco a poco.

Mientras tanto el fragor del combate arreciaba aunque todavía un tanto lejano.

Pasados algunos minutos llegó al galope un ayudante del Estado Mayor que trasmitió órdenes al comandante Robles, que ya estaba a caballo, y ordenó desfilar en dirección al campo donde se desarrollaba la batalla, cuyo fragor aumentaba por momentos y se sentía cada vez más cercano.

Habíamos avanzado en esa dirección y en formación unida diez a doce cuadras, y ya se había ordenado a los capitanes la dispersión en guerrillas de sus compañías para entrar en batalla, cuando llegó otro ayudante de Estado Mayor, que conferenció breves momentos con el comandante Robles.

Se ordenó nuevamente formación unida y contramarcha.

Corrió el rumor en las filas de que el enemigo venía por retaguardia a fin de iniciar un movimien-

to envolvente; y que ya había tomado la Escuela de Cabos, edificio que quedaba a dos kilómetros aproximados de nuestra retaguardia, que se había destinado a ambulancia nuestra, y que concentraba fuerzas para tomarnos entre dos fuegos.

Después de hacernos marchar en esa dirección doce a quince cuadras se nos volvió a dar orden de contramarcha.

Ahora se decía que los peruanos habían hecho avanzar la caballería en dirección a la Escuela de Cabos, sólo a fin de llamar la atención de nuestros jefes hacia ese lado para hacerles distraer fuerzas; y que cuando creyeron haber conseguido su objeto y se presentó nuestra caballería se habían retirado.

Al llegar al mismo punto donde se nos había dado orden de desplegarnos en guerrillas se renovó la orden y continuamos avanzando en esta forma y al trote, pero sin disparar.

De pronto estalló una bomba... y luego otra... y muchas más...

El enemigo tenía sembrado el campo con bombas semienterradas, que estallaban al tocarlas. Por ellas fueron heridos algunos soldados y clases.

Y siempre al trote, pero con grandes precauciones, continuamos avanzando hacia unos murallones que se divisaban como a un kilómetro, desde los que nos hacían nutrido fuego.

Cuando se acortó la distancia se nos ordenó "fuego en avance"...

Las compañías desplegadas en guerrillas en línea de tiradores y con sus sostenes y reservas, también desplegadas en guerrillas, avanzaron con toda corrección haciendo nutrido fuego.

Las punterías peruanas eran pésimas y sólo hacían una que otra baja...

Antes de llegar a los murallones donde el enemigo se había parapetado aprovechándolos como trincheras, el fuego de nuestras filas arreció y el del enemigo comenzó a disminuir...

A derecha e izquierda continuaba el combate con encarnizamiento, a juzgar por el fragor que llegaba...

A poco disminuyó y acabó por extinguirse...

El sol se iba a ocultar pronto y se nos dio orden de acelerar la marcha sin dejar de hacer fuego, y momentos después llegamos a las trincheras enemigas y las traspusimos sin resistencia...

El enemigo había dejado multitud de cadáveres en el campo.

Continuamos avanzando algunas cuadras y se ordenó hacer alto y rectificar las filas, pero sin dejar la formación dispersa en guerrillas.

La noche cerró estando en esta posición y era tan oscura que nada se veía...

Así permanecemos largo rato, que muchos, con la tolerancia de los oficiales aprovecharon para tirarse a descansar.

Se tocó llamada de capitanes y cuando éstos volvieron a las compañías, llamaron a los oficiales para decirnos que el regimiento iba a permanecer donde estaba y como estaba, hasta que se diera nueva orden; que de cada dos hombres uno podía dormir mientras el otro hacía de centinela, que los oficiales y las clases debían también turnarse a fin de que medio regimiento hiciera de centinela, mientras el otro medio reposaba.

¡Y así pasamos esa noche!

¿Habíamos vencido?

Lo suponíamos.

El ejército que tomó parte en las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, que dieron por resultado la toma de Lima, estaba dividido en tres divisiones, cada una de las cuales se subdividía en dos brigadas.

Formaban la 1ª Brigada de la 1ª División los regimientos 2º de Línea, Atacama, Talca, Colchagua y Batallón Melipilla.

La 2ª Brigada de la 1ª división los regimientos

4º de Línea, Chacabuco y Coquimbo y Batallón Quillota.

La 1ª Brigada de la 2ª división los regimientos Buin, Esmeralda y Chillán.

La 2ª Brigada de la 2ª división los regimientos 3º de Línea, Lautaro, Curicó y Batallón Victoria.

La 1ª Brigada de la 3ª división los regimientos Zapadores, Aconcagua y Navales.

La 2ª Brigada de la 3ª división los regimientos Santiago, Concepción, Caupolicán y Batallón Bulnes y Valdivia.

A la 1ª división se destinó el Regimiento de Caballería Granaderos. A la 2ª división, el Regimiento Cazadores. A la 3ª división el Regimiento Carabineros.

Y las baterías de los dos regimientos de artillería se distribuyeron proporcionalmente en las tres divisiones.

El total de combatientes ascendía a poco más de 23.000 hombres, de los que murieron 1.299 y salieron heridos 4.144.